

Bolonia, la hora de la responsabilidad

LA VANGUARDIA, Editorial, 22.02.09

LA puesta en marcha del espacio europeo de educación superior (EEES), el llamado proceso de Bolonia, ha generado en España y más en Catalunya una conflictividad insólita si se compara con el resto de los 45 países que han apostado por este ambicioso proyecto de convergencia académica, cuyo lanzamiento cumple ahora diez años.

Una minoría activa pero poco representativa hace presión sobre las autoridades políticas y universitarias a partir de proclamas que poco o nada tienen que ver con la verdadera naturaleza del plan de implantación de este espacio continental de conocimiento. De los más de 200.000 estudiantes del sistema público universitario catalán, sólo una veintena mantiene, hoy por hoy, el encierro indefinido en el edificio histórico de la Universitat de Barcelona. Entre noviembre y diciembre, el momento álgido de las protestas anti-Bolonia, los encerrados en diversos centros no superaron las 500 personas, aunque su actitud llegó a bloquear el funcionamiento de algunas facultades, a veces mediante amenazas y actos violentos totalmente intolerables.

El proceso de Bolonia no es ningún capricho sino una necesidad para poner al día la universidad, unificar directrices, generar nuevos circuitos de colaboración y potenciar el mayor capital de la sociedad europea: el conocimiento, la investigación y la cultura de alto nivel. Los contrarios a este espacio universitario europeo esgrimen algunos lugares comunes que nada tienen que ver con la realidad de una empresa de gran envergadura que empezó a caminar el 19 de junio de 1999 con la declaración de la Sorbona, hasta llegar, un año después, al compromiso

de Bolonia. Entre los objetivos básicos asumidos entonces están la equiparación de los títulos universitarios y la promoción de la movilidad de profesores, estudiantes y programas. El nuevo sistema pretende implicar mucho más a docentes, investigadores y alumnos e introduce la evaluación continua, así como da más importancia a la asistencia a clase y a los trabajos realizados a lo largo del curso.

Una de las falsedades más difundidas acerca del proceso de Bolonia tiene que ver con el precio de las matrículas. El nuevo espacio europeo no comportará un aumento de las tasas ni una disminución de becas y ayudas. La política de becas sigue dependiendo de las prioridades de cada gobierno y no viene prefijada por este nuevo marco. Otro lugar común repetido hace hincapié en los peligros de una supuesta privatización de los centros universitarios públicos, extremo que Bolonia no prevé en ningún momento. La universidad seguirá haciendo su labor, combinando el saber crítico y la investigación a largo plazo con el desarrollo de convenios de colaboración con empresas e instituciones, para desarrollar determinados programas especializados cuya rentabilidad social es una meta que revaloriza el papel de los centros. En todo caso, la autonomía universitaria no se pone en entredicho, al contrario, puesto que las sinergias de alcance continental entre facultades deben servir para aumentar el prestigio, la fortaleza y el peso de la educación superior como un ámbito de innovación y progreso.

Ha llegado la hora de la responsabilidad para el proceso de Bolonia en Catalunya y en toda España. El pasado día 16, se constituyó, por impulso de la Generalitat, la llamada Taula Nacional per a la Universitat Pública, enésimo intento para integrar en un debate serio a la ruidosa minoría contraria al cambio. La inmensa mayoría de los universitarios está de

acuerdo con el proceso de Bolonia, un proyecto de calado histórico que redundará en la mejora de la formación de los ciudadanos europeos, ensanchando así los caminos de la libertad, el bienestar y el sentido crítico. Sin más dilaciones ni excusas, con buenas explicaciones contra la desinformación, la iniciativa de Bolonia debe seguir su despliegue entre nosotros con total normalidad.